

A) DISCURSOS

EL MERCADO INTERIOR DENTRO DE LA C.E.E.

Recepción del Académico Correspondiente para Luxemburgo, EXCMO. SR. DR. GASTON E. THORN, en la solemne Sesión Oficial celebrada el 11 de mayo de 1987.

1) *Discurso del recipiendario*

Señor Presidente, Señores,

En primer lugar quisiera agradecerles el insigne honor de recibirme entre ustedes. No cabe duda que constituye un honor para mí entrar a formar parte de una Academia, una Academia Real y, me atrevería a decir que, tanto más, en tanto que su sede radica en Barcelona, lo que añade un atractivo adicional, y me siento pues contento de ocupar mi asiento entre ustedes, economistas, en esta patria de adopción donde transcurre una parte de mi vida.

Quiero advertirles que voy a castigarles con un discurso demasiado largo —todo favor se paga—, pero Uds. lo habrán querido. Es un gesto descortés, por el cual les pido disculpas. Pero voy a recortarlo sobre la marcha, si bien asumo la responsabilidad íntegra del mismo (con excepción de los errores que hayan podido deslizarse en el dictáfono), aunque abrevie un poco para abreviar su suplicio.

El mercado interior, conseguir este gran mercado para 1992. He aquí, ha dicho el presidente Delors, la gran tarea de la Comunidad, y, por tanto, de todos nosotros. ¿De qué se trata? — preguntan muchas personas. Pues bien, sí, este mercado interior que queremos hacer realidad para 1992, es una iniciativa a la vez nueva y ambiciosa y, al mismo tiempo, es un poco, tal vez un poco demasiado, la reinención de la rueda, de alguna manera. Sí, en parte, es también una operación de Relaciones Públicas, de las que tanta necesidad tenemos en la Comunidad; es, por otro lado, la locomotora

económica apetitosa, destinada a reforzar la imagen de una Comisión dinámica y a servir de campo de batalla de las elecciones europeas de 1989.

Y todavía más, es, al mismo tiempo, como decimos entre los técnicos, la operación de la comisión que ata su paquete, es decir, envuelve por una parte lo que todo el mundo quiere y por otra lo más desagradable y difícil, a saber, la reforma de la PAC, la política agrícola común y las finanzas comunitarias. Por último es, sobre todo, y ahí es donde debemos concentrar nuestra atención, la gran y tal vez la última oportunidad que tiene Europa, esta abstracción que debe redefinirse y rehacerse cada día, es también, diría yo, la última oportunidad que tienen cada uno de nuestros países —y cuando digo cada uno, quiero decir, realmente cada uno— de no dejar escapar la cita con el siglo XXI, de dar una nueva frontera a nuestros jóvenes, para permitirles realizarse plenamente e incluso más allá del año 2000, y para poder hacerlo todavía en nuestra vieja Europa donde, la mayoría de nosotros, por razones culturales y —por qué no decirlo— sentimentales, pensamos que es mejor vivir que no en cualquier otra parte del mundo.

No puede haber duda alguna de que la creación de nuestra Comunidad ha sido un éxito. Sólo el hecho de habernos dado cuarenta años de paz, más de cuarenta años durante los cuales ninguno de los doce estados miembros ha hecho la guerra a otro, es un resultado tan excepcional que aunque fuera el único, la empresa habría merecido la pena. Pero en este mundo del año 2000, Señor Presidente, en el que nosotros, los europeos, estamos geopolíticamente mal situados, casi marginados, cuya población se ha duplicado desde la postguerra, triplicado desde el inicio del siglo, en el que, por primera vez, las poblaciones de las costas meridionales del Mediterráneo son más numerosas que las septentrionales, en el que la población africana se duplicada cada veinte años... En este mundo transtornado por cambios de tal envergadura, Europa, la vieja Europa demográficamente estancada, representa todavía, a pesar de todo, 320 millones de habitantes, la entidad económica más grande del mundo occidental, puesto que la población de los Estados Unidos sólo tiene 240 aproximadamente y Japón no llega a 120. De momento cuenta todavía con el 6% de la población mundial, que se reducirá al 4% hacia finales de siglo, y ocupando sólo el 2% de la superficie del globo, seguimos produciendo el 23% del producto social del planeta. La Comunidad sigue siendo, por lo tanto, la potencia comercial más grande del mundo, si bien vacilamos en emplear el término potencia, dada nuestra relativa falta de eficacia o incoherencia.

La Comunidad de los Doce concentra en sus manos un tercio del

comercio mundial, de las mercancías y, aun haciendo abstracción de los intercambios intracomunitarios, seguimos concentrando todavía un 16%. Los intercambios comunitarios entre los países miembros de la Comunidad se han multiplicado por 26 desde su creación. Nuestros Estados Miembros intercambian entre ellos cerca del 55% de su comercio exterior, y mi antiguo comisario, el actual vicepresidente Narjes, al explicar recientemente estos hechos a los industriales alemanes, tan conscientes de su poderío y tan críticos frente a la Comunidad, les recordaba que los beneficios del Mercado Común eran enormes, pues sólo el hecho de que la República Federal haya ganado 300 mil millones de marcos en exportación de mercancías y servicios durante el último ejercicio recensado, es decir, el de 1985, ello representa el 44% de sus exportaciones totales y más del 16% del producto interior bruto de Alemania. Objetivamente, Señoras y Señores, para ver las cosas con perspectiva, hay que reconocer que el proceso no se ha vuelto más fácil actualmente por el hecho de que esta Comunidad haya pasado de 6 a 9, luego a 10 y ahora a 12 países, en el espacio de unos quince años, y se habla ya de nuevas ampliaciones hacia otros países escandinavos, así como hacia Turquía que lo ha solicitado. ¿Quién se atrevería a negar que la unificación, la integración de economías tan divergentes dentro de una misma entidad que va desde las islas Shetland a la punta de Sicilia, de Gibraltar al Bósforo es una tarea difícil? Todas las unificaciones, todas las integraciones llevadas a cabo con anterioridad en nuestra parte del mundo, se han verificado entre economías similares, y además esencialmente rurales, con una misma entidad cultural, étnica, lingüística y, bajo —digámoslo de forma suave— la coacción de un poder central muy fuerte: en nuestro contexto, no cabe pensar en el ejemplo de la unión aduanera alemana, de la unificación italiana y tantos otros. Como personas sagaces que son Uds., aficionados a las comparaciones internacionales, les rogaría que recordasen que, incluso para la creación —casi de la nada— de los Estados Unidos de América del Norte, nuestros amigos americanos necesitaron todavía unos 90 años, desde la declaración de la guerra de la independencia hasta la guerra de secesión, para dotarse de un mercado interior digno de tal nombre con una política comercial exterior uniforme. Todo esto, Señor Presidente, para situar, en pocas palabras, el marco y la gravedad de nuestras dificultades, en un momento en el que ponemos todos nuestros esfuerzos en la realización de economías de escala que deberán incrementar nuestra capacidad competitiva el día de mañana.

Desde el Tratado, es decir, desde hace ya casi treinta años, venimos diciendo que la construcción comunitaria tiene como objetivo la creación

de un mercado único, cito textualmente: “regido por normas de competencia establecidas en común, dotadas no solamente de una tarifa aduanera común de cara al exterior, sino también con el propósito de asegurar la libre circulación de los productos, de permitir que la industria, los trabajadores y los consumidores se beneficien de las ventajas de un mercado integrado”.

Esta unión aduanera de la que otros hablaban, la hemos conseguido hace 18 años. En 1981, cuando me correspondía el honor de presidir la Comisión, respondiendo al mandato otorgado en aquella época por el Consejo de Ministros, mi comisión declaraba que deseaba concluir la unión aduanera europea mediante la supresión de los obstáculos técnicos reglamentarios que impedían que este Mercado Común se constituyese en un verdadero mercado único, a imagen de los de cada uno de nuestros países. ¿Qué aspiración más normal para cada uno de nuestros países, que desear añadir a su mercado el de otros once haciendo de ellos su mercado interno? Por ello, aunque hoy no hayamos inventado nada nuevo, Jacques Delors, estuvo muy acertado al aprovechar el Acta Unica de Luxemburgo —aquella en virtud de la cual los gobiernos han manifestado estar dispuestos en un futuro a realizar las votaciones preferentemente por mayoría cualificada— para relanzar la idea de un mercado interior que está por hacer y de aprovechar la ocasión de sensibilización de todos los interlocutores sociales de la Comunidad para descubrir un mercado nuevo en el momento en que el paro, por primera vez en nuestra historia, crece ininterrumpidamente desde hace 14 años y en el que vemos que los mercados exteriores se retraen, cuando no se cierran.

¿Qué otra cosa cabía hacer, entonces, sino aprovechar aquella ocasión para recordar a los Estados Miembros que existe un mercado aquí al lado, un mercado casi al alcance de la mano todavía rico y relativamente extensible, a saber, este mercado interior que deseamos acabar de conseguir? Para ello, hay que hacer sacrificios a corto plazo a fin de poder cosechar y beneficiarse de enormes posibilidades a medio plazo.

Para llevarlo a cabo pensábamos disponer de 7 años; han transcurrido ya 18 meses —casi dos años— y el Acta Unica ni siquiera es de aplicación en los doce países, por estar obligados a esperar el resultado del referéndum irlandés, ya que el Tribunal Constitucional la había declarado ilegal.

La Comisión había dicho que era necesario aceptar, entre otras cosas, de trescientos a trescientos sesenta reglamentos a través de los cuales el Consejo debía perfeccionar las grandes líneas del Mercado Común. Al término de este primer trimestre de 1987, sólo han sido adoptados unos sesenta reglamentos, y, como podrán imaginarse, los más fáciles. No pasa ni un solo

día sin que se constate la fuerza de oposición que denuncia Jacques Delors una y otra vez. Existen por lo menos tres grandes movimientos que van a contra corriente de nuestras aspiraciones, a saber:

1) los partidos de la oposición en los parlamentos nacionales que, a menudo por puro espíritu de contradicción, se erigen en portavoces de la resistencia a todo cambio en los sectores, regiones y categorías afectados;

2) la resistencia de todos los que consideran que sus intereses o su situación más o menos privilegiada pueda verse amenazada y

3) el temor de todas las burocracias —y esto es lo peor— por la pérdida absoluta de influencia y la limitación de su pretendida soberanía.

Muchas personas de toda Europa piensan en este momento que, en el fondo, mi comisión y la de mi sucesor se complican un poco la vida, pues hubiera bastado autorizar una simple introducción en el mercado de cualquier producto para el conjunto de la Comunidad sin autorización alguna. Esta gente olvida el hecho de que la Comunidad, en virtud del Tratado, está condenada a armonizar las legislaciones existentes y todavía en poder de los estados nacionales que regulan la materia en doce países y que, desafortunadamente, funcionan de doce maneras diferentes. En primer lugar, la Comisión debe establecer las condiciones marco, armonizar, antes de poder asegurar la libre circulación. Por otro lado, hay que tener en cuenta que renunciar a una armonización, por mínima que sea, antes de establecer la libre circulación, constituiría a los ojos de la mayoría una disposición legislativa excesiva y, por lo tanto, políticamente irrealista. Ningún gobierno de nuestros días puede dejar a sus empresas, en el mundo actual, sin protección alguna frente a una competencia, —digámoslo francamente— a veces desleal, que, en determinados casos conduciría no solamente a la quiebra de las mismas, sino además de manera totalmente injustificada en las condiciones económicas existentes, incluso normales.

Ello vale también, *mutatis mutandis*, para las legislaciones nacionales, elaboradas en materia de protección en el curso de los últimos decenios, ya se trate aquí, Señor Presidente, de protección de las condiciones de trabajo, de protección en materia sanitaria, de protección de los consumidores o incluso, en nuestros días, de protección del medio ambiente. En efecto, no hay que olvidar que todas estas medidas, denominadas de progreso, y que también son medidas de protección, desafortunadamente han contribuido a reforzar las barreras no tarifarias entre los diferentes Estados Miembros. Cuando se piensa en los limitados poderes de la Comisión, se da uno cuenta de que lo que ella está llevando a cabo es una verdadera carrera

contra reloj; intenta a duras penas —se diría que es un trabajo digno de Penélope—, intenta armonizar con grandes fatigas doce legislaciones, mientras que al mismo tiempo en los doce países se intenta escabullirse y reconstruir algún muro protector para defenderse mejor de la competencia.

Esta es la razón de que, en un futuro, sea absolutamente indispensable que en función y sobre la base del Acta Unica de Luxemburgo, la Comisión pueda haber decidido en muchos casos sin tener que recurrir cada vez al voto unánime.

Ante una asamblea tan informada como ésta, ¿Es todavía necesario decir que es mucho más fácil abrir un mercado, que armonizar las legislaciones diferentes de doce países, si se vive una etapa de crecimiento fabuloso, como Fourastier denominaba a los 35 gloriosos, es decir, los años transcurridos desde la postguerra hasta 1973, año de la primera crisis energética? Pero ahora que el mercado mundial se retrae, que todo resulta muy difícil, y que vivimos, ya sea al final de un ciclo de alta coyuntura, o, en todo caso, en una etapa de crecimiento débil, todo se hace más difícil, cada uno lucha y casi tiene el deber de luchar por la conservación de sus puestos de trabajo, de sus porciones de mercado. En una época, pues, en la que uno se ve obligado a adaptarse y habría que hacer gala de una máxima flexibilidad, nosotros los europeos, por esta concurrencia de circunstancias, respondemos desgraciadamente con la máxima rigidez. El resultado de ello es que Europa pierde competitividad de año en año en los sectores tradicionales y ve como se desmoronan paredes enteras de aquellas industrias sobre las que había construido su grandeza y su reputación —ya sea de carbón, acero, astilleros, textil y tantas otras— y ello —hay que decirlo en honor a la verdad— bajo el peso de leyes sociales especialmente apremiantes, que querían ser protectoras y que hoy en día se convierten, en la competición mundial, en una amenaza para el porvenir de la economía.

En la conquista de nuevos mercados es relativamente cómodo repartirse las nuevas porciones con el riesgo, claro está, de que sean desiguales. Cuando se da una recesión del mercado, es difícil repartirse los sacrificios de otro modo; ahora bien, como saben ustedes, las previsiones en materia de crecimiento no son particularmente brillantes, y desde luego no estamos nada contentos de haber tenido razón cuando dije hace unos meses, que había que revisar del 1% hacia abajo, lo que tanta gente reconoce hoy. También debo mencionar aquí algunos riesgos exteriores, sin los cuales no podemos hacer proyectos en este mundo que se ha convertido en un mundo completamente interdependiente.

En primer lugar existe el peligro de un nuevo avance del proteccionismo americano, no sólo porque las dos cámaras estén ahora dominadas por los demócratas, aunque ello contribuye, sino también porque nuestros amigos americanos están en período preelectoral, situación ésta que no va a experimentar cambio alguno hasta mediados de 1988.

Segundo peligro: los efectos concretos de las medidas que estos mismos americanos tendrán tentaciones de adoptar, pensando en poner coto así a los enormes déficits presupuestarios y a los déficits de una balanza exterior que alcanza e incluso supera este año los 170 mil millones de dólares. Y me cuento entre los que, aún comprendiendo su problema, a pesar de ello condenan formalmente el descaro con el que los americanos han intentado hacer frente a este déficit en detrimento de sus interlocutores europeos y del Tercer Mundo, mientras que la primera potencia mundial —algo nunca visto— pronto se convertirá en el país más endeudado del mundo.

En tercer lugar, debo condenar los efectos destructivos que conllevan para el comercio mundial, para las inversiones, para la programación de nuestros empresarios, estos cambios erráticos, es decir, estas oscilaciones absolutamente injustificadas, económicamente hablando, de las tasas de cambio de las principales monedas, olvidando además con demasiada frecuencia que el valor del dólar ha fluctuado estos últimos tiempos y bajado en relación a las monedas europeas y al yen, pero no en relación a todas las demás monedas del mundo, como la brasileña y tantas otras. Y estamos constatando que los "floating exchange rates" que fueron introducidos hace unos veinte años a raíz de las dificultades del Vietnam no son la solución a todos los problemas.

Por desgracia, los americanos, que tienen que asumir su liderazgo, ya no respetan las reglas del juego como antaño las habían respetado los centros holandeses e italianos (Génova, Venecia, Amsterdam) y Londres algo más tarde, antes de que cediese su superioridad a Nueva York. Los americanos no quieren admitir que "nobleza obliga" y que cuando se es la moneda de reserva del mundo, hay que aceptar, por motivos internacionales, sacrificios que inciden sobre el propio nivel de vida. Los americanos no han aceptado nunca esta regla de oro y no creo que la acepten nunca. Además, pienso que en este momento, contrariamente a lo que proclaman muchos periodistas, Japón y Europa, con sus monedas fuertes, sus monedas tal vez evaluadas en exceso, están mejor preparadas ante la eventualidad de un conflicto, que una economía americana que se considera protegida por un dólar devaluado. Desde hace tres años, demasiada gente nos está diciendo que esta

crisis, la crisis del endeudamiento del Tercer Mundo, está detrás de nosotros. Es completamente falso. Vivimos siempre, y tal vez más que nunca, bajo la amenaza de la explosión de esta bomba de relojería que es la deuda del Tercer Mundo, una deuda a la que nosotros, los países acreedores, hemos contribuido, por no decir fomentado y por la que lógicamente también nosotros tenemos que asumir, en parte, alguna responsabilidad y ello tanto los gobiernos como los bancos.

¿Dónde hallaremos mañana, Señor Presidente, los mercados que buscamos y que permitirán el desarrollo? ¿A través de qué tipo de expansión del comercio pensamos favorecer nuestras economías, si por una parte, el Tercer Mundo no puede pagarnos; si por otra, tenemos miedo de la aparición de nuevas economías, las NIC, como se les denomina y de nuevas industrias; si, por otra parte, por razones políticas, no queremos comerciar más intensamente con los países del Este y si, para colmo, nuestros amigos americanos nos piden la imposición de restricciones para no aumentar aun más su déficit? ¿Dónde si no precisamente en el interior de la Comunidad, hallaremos esos nuevos mercados que deberían favorecer el relanzamiento? Y así hemos llegado al punto central del tema: el Mercado Interior.

Mi sucesor, el Presidente Delors, ha subrayado repetidamente la importancia de proceder a la eliminación de todas las fronteras y obstáculos a los intercambios para completar la consecuencia de este mercado interior. Aca-ba de confirmarlo: según sus cálculos —que no he tenido ocasión de comprobar— sólo la eliminación de todas las trabas contra las que lucha representaría una economía del orden de 150 mil millones de ecus. No creo necesario añadir además que el establecimiento de este vasto mercado interior tendría otras consecuencias indirectas salvando nuestras fronteras. Por poner un ejemplo, permitiría el rápido crecimiento y la reorientación de los flujos de mercancías, pero de manera más voluntarista y decisiva y fomentaría el desarrollo de las infraestructuras europeas para los modos de transporte más diversos. En efecto, ¿no es lamentable ver que en nuestros días las redes de carreteras y de ferrocarriles siguen siendo las mismas que hace 35 o 45 años como si desde entonces nada hubiese pasado? Por otro lado y desde un punto de vista económico, ¿no es profundamente desconsolador ver que en el territorio comunitario todavía rico, tenemos por lo menos doce compañías aéreas nacionales que pierden dinero, cuando una puesta en común de nuestros esfuerzos nos permitiría ponernos a flote en el marco de las competencia mundial y ello, de modo más eficaz con todas las repercusiones sobre la industria aeronáutica y otras...? Y no sigo, pues me apremia el tiempo.

En cuanto a los mercados públicos, Señor Presidente, se trata aquí de una cuestión de gran envergadura y muy delicada. Todos conocemos la importancia de los mercados públicos, sobre todo en los sectores de punta y de alta tecnología, donde las actividades de investigación y desarrollo son especialmente importantes y costosas.

1) El estado monopoliza prácticamente la investigación y desarrollo en la mayor parte de nuestros países.

2) Es el estado quien asume los 2/3 del mercado en todos los sectores de punta, según nuestros cálculos de la Comunidad, incluso el 70%. Así pues, Señoras y Señores, mientras, por ejemplo, la Compañía Telefónica francesa (PTT) no se plantea siquiera la compra de un teléfono Philipps y —por poner otro ejemplo— la Compañía ferroviaria alemana (Bundesbahn) no se plantea la compra de una locomotora T.G.V.... ¿Cómo vamos a seguir hablando de mercado realmente común?

Según los cálculos de la Comisión, les recuerdo que la "No-Europa", es decir, la ausencia de un mercado interior nos cuesta —en lo relativo a las barreras tarifarias— unos 50 mil millones de ecus anuales. Creo que perdemos la posibilidad de aumentar nuestro producto comunitario cerca de un 20% al no realizar el mercado interior. Aquí está, pienso yo, Señor Presidente, la gravedad del caso, en un momento en que hablamos de lucha contra el paro y en el que intentamos relanzar nuestra economía.

El capítulo tal vez más delicado y de salidas más dudosas en el combate por el mercado interior de la Comunidad Europea es un combate —¿cómo diría yo?— un poco ignorado, el de las normas y los "standards", como se les llama. Dentro de una misma Comunidad, producimos productos similares, comparables y casi idénticos. Pero, ¿cómo van a poder conquistar el mercado si responden a normas diferentes de un país a otro, es decir, si estas normas crean la incompatibilidad, o lo que es lo mismo, la no-utilización en otros países. El ejemplo clásico que todos recordarán es el del sistema PAL-SECAM en materia de televisión, y no parece que vayan a mejorar las cosas porque ahora vamos a probar con la marca PAKET, mientras que en Inglaterra querrían otras normas, y así seguimos. Esto tiene su continuación y su perfecta repetición en el caso del teléfono inalámbrico, del auto-teléfono y de tantos otros sistemas por satélite y qué sé yo... los que hayan seguido de cerca la privatización de la CGE habrán visto otros ejemplos sobre los que no voy a insistir. Mientras permitamos que nuestras administraciones nacionales, a menudo voluntariamente y a propósito, elaboren todo tipo de normas diversas para protegerse durante un tiempo de la competencia,

no tendremos derecho a quejarnos en cada uno de nuestros países de la no existencia de un mercado común.

Afortunadamente, una pequeña luz esperanzadora: el Tribunal de Justicia de Luxemburgo acaba de declarar recientemente que ciertos criterios sanitarios —que pretendían, por ejemplo, proteger a nuestros amigos alemanes de una muerte repentina por beber cerveza francesa, belga o danesa, si bien la beben igualmente cuando van de vacaciones a dichos países—, que aquellas disposiciones infringían la ley comunitaria. Esperemos que ello constituya un feliz presagio, que permite esperar una armonización más general.

Cuando se examinan los capítulos esenciales del núcleo duro, es decir, el núcleo más resistente a la integración, no podemos dejar de citar la liberalización de los productos de la industria farmacéutica, lo que constituye una cosa aparentemente inextricable (es tan fácil ampararse en la salud de los ciudadanos...); y luego, está el problema del establecimiento de un mercado interior para el automóvil. Ustedes me dirán: Pero Sr. Thorn, eso ya existe. Pues, no, no existe. Lo que ignora mucha gente es que pagan el mismo tipo de automóvil un 30% más caro en un país de la Comunidad que en otro, pues el mercado todavía no está unificado y se producen unos desvíos de competencia terribles, dándose el caso de personas que se dirigen a otro país a comprar una marca que a menudo se fabrica en el propio. He aquí un buen número de problemas de armonización. Y aún queda el más terrible, el más difícil tal vez, el problema de la fiscalidad indirecta y su exacción. Y es en este punto donde puede radicar la mayor dificultad, lo que podría constituir, en último término, el escollo para la realización del mercado interior. Pues, hay que decir, Señoras y Señores, que nunca habrá mercado interior europeo, de la misma manera que existe un único y grande mercado americano del Pacífico al Atlántico, hasta el día en que nuestras legislaciones fiscales, o nuestras tasas fiscales, o nuestros impuestos, sean, si no absolutamente iguales, por lo menos compatibles, semejantes y, en todo caso, inspirados en los mismos principios de derecho fiscal. No puede existir mercado interior si el día de mañana mantenemos en Europa tasas de IVA diferentes que varían entre un 4, un 8, un 12 y un 24%.

Es más, mientras las legislaciones sociales de nuestros 12 países sigan siendo profundamente divergentes tampoco se podrá hablar de condiciones comparables y aceptables para todos, que permitan una liberalización general a nivel de la Comunidad.

Permítanme traer a colación otra idea. La reciente reunión del presidente Reagan y el primer ministro Nakasone ha debido provocar pesadillas

—o, en cualquier caso, podría haberlo hecho— a un buen número de europeos y, en lo que a mi respecta, me ha recordado el artículo de un periodista muy apreciado que ya hablaba de la Pax Niponica y veía que, después de haber sido el Mediterráneo el centro del mundo, y luego el Atlántico, era precisamente el Pacífico el que se convertía en el ombligo del mundo. Al mirar la televisión, daba la impresión de que el futuro económico del mundo dependía del acuerdo entre americanos y japoneses y pasaba incluso por encima de las cabezas de los europeos, pudiendo decirse que se realizaba sobre las espaldas de estos últimos. No obstante, hay que reconocer que, aunque los americanos no se den cuenta, el día de mañana la economía mundial habrá dejado de ser una economía sometida a la de una superpotencia y dependiente de ella. La economía del mañana será casi planetaria y, en todo caso, multipolar, sin hegemonía, como la describía en una célebre conferencia Lamberto Dini, el número dos del Banco de Italia. El drama radica en que, por una parte, como ya he dicho, los Estados Unidos no se dan cuenta de lo mucho que ha cambiado el mundo. Creen que sigue siendo posible recuperar el liderazgo incontestable de la economía mundial con un simple esfuerzo final, facilidad de la que había gozado hasta ahora, y poder hacerlo además en todos los ámbitos y sectores. Lo digo porque, en mi opinión y desafortunadamente, es la pura verdad. ¡Se equivocan! Pronto tendrán que reconocer forzosamente que, con la enorme deuda acumulada, con un déficit sin igual y con el desarrollo de otras economías un poco a lo largo de todo el mundo, y mucho más flexibles, América seguirá siendo número uno en muchos campos, lo volverá a ser en otros, pero dejará de serlo en todos y ya no volverá a ser el líder indiscutible. De acuerdo con Raz, del Wall Street Journal, temo —aún peor, temo y creo que ahí estará el reto de los próximos años— que los americanos tendrán que aceptar, aunque sea temporalmente, una disminución de su nivel de vida para poder rehacerse y, no cabe duda de que no están dispuestos a ello, no están dispuestos a hacerlo actualmente. En cuanto a Japón, nunca ha tenido la costumbre de tomar en consideración ni asumir responsabilidad alguna frente al resto del mundo. No parece dispuesto a tener consideraciones más que con un país: los Estados Unidos. Para garantizar su defensa, su situación en el campo occidental, Japón está dispuesto a sacrificarse por su vencedor de antaño. Por los europeos, como ellos mismos ni se molestan en decirlo, no lo harán, pues desde hace tiempo consideran que somos demasiado débiles para poder imponer determinadas condiciones. De ahí que este país, esta economía gigante, programado para el éxito, pero frágil porque está condenado al cre-

cimiento, va a continuar inundándonos con sus productos industriales durante un tiempo —y esto hará mucho, mucho daño— y mañana aún será peor, porque nos inundarán con sus servicios financieros, apoyados en una balanza comercial y de servicios excedentarios de más de 100 billones de dólares por año, lo que permite unas inversiones fantásticas en el resto del mundo.

Para recuperar su lugar en esta lucha de titanes, (sin hablar del Brasil, sin hablar del grupo de los cuatro fuertes como se les llama a Taiwan, Hong-Kong y los otros) Europa debería hablar con una sola voz. Para la persona que asiste a cumbres de los países industrializados, créanme es humillante ver los balbuceos europeos, aunque se exterioricen por boca de 3 ó 4 grandes europeos.

Señoras, Señores, cuando hablamos de la consecución del mercado, lo que deseamos en el fondo es, a través de este mercado tentador para los empresarios, para los operadores económicos, llevar a cabo una política de convergencia económica y, en la medida en que lo hayamos realizado hasta el momento a lo largo de los años, asegurar nuestro avance hacia lo que unos llamamos unión económica, otros unión económica y monetaria y otros, unión europea a secas. Participé en el Consejo de Ministros de hace casi 18 años en el que se debatía largamente por dónde había que empezar; la vieja discusión, ustedes sabrán, del huevo y de la gallina. ¿Hay que empezar por la unión económica o por la unión monetaria? Pues bien, está claro que hay que emprenderlas las dos a un tiempo. A la hora de hablar de los grandes problemas monetarios, del deseo de estabilidad para asumir el sistema internacional, es indispensable que progrese en el SME, el sistema monetario europeo. Este sistema ha sido un éxito y ha ido más allá de nuestras esperanzas y de lo que pensaban nuestros detractores, pero sólo nos hallamos en la primera etapa. Ahora bien, es un sistema condenado a experimentar una evolución progresiva; de lo contrario, hará marcha atrás y correrá el riesgo de derrumbarse un día. Por ello, la iniciativa de Valéry Giscard d'Estaing y Helmut Schmidt, en la que participo en este comité monetario, me parece esencial y nos habrá permitido ya descubrir que afortunadamente hay en todos los gobiernos una cierta voluntad de progreso. En mi opinión, la alternativa no es la que plantean algunos en el sentido de promover el mercado interior o más bien comenzar por el SME, sino que todo avance del sistema monetario será un aliciente, una ayuda fundamental casi indispensable para el mercado interior.

No consideraría completa mi exposición si, en este contexto, no recor-

dase una serie de evidencias, a saber, que no tendremos una zona monetaria estable en Europa hasta el día en que la libra esterlina se acople al sistema cargando con todas sus responsabilidades, lo que se efectuará, creo yo, después de las próximas elecciones británicas de junio, momento en que Italia también tendrá que renunciar a su margen excepcional, completamente injustificado, del que se sigue beneficiando todavía hoy.

Creo que mientras tanto, se deberá llevar a cabo la progresiva liberalización de los movimientos de capital y de las políticas monetarias, y, sobre todo, será necesario que Alemania conceda al Ecu un pleno derecho de ciudadanía. Siempre han preferido los florines, las libras, los chelines austríacos, las coronas, los francos, los marcos y los dólares, y han ignorado al ecu, a diferencia de Cataluña que lo reconoció hace ya cinco siglos, mucho antes que Alemania. Pero, —y concluiré este punto con esta frase— ¿cómo no vamos a sorprendernos de la relativa falta de confianza europea en el ecu si precisamente la potencia económica y monetaria número 1 de la Comunidad se la niega e incluso le hace un cierto boicot?

La consecución de un mercado interior, es decir, la batalla fundamental para llegar a la unión europea, es un combate extraordinariamente complejo, como ya creo haber señalado repetidamente. Por mi parte, siempre he pensado que no se podía emprender esta marcha forzada hacia horizontes tan nuevos, tan lejanos y desconocidos, sin ponerse antes de acuerdo sobre los objetivos a perseguir y la estrategia. Esta es la razón por la cual, hace ya cinco años, con motivo del 25 aniversario, había solicitado la celebración de una nueva Mesina, es decir, una conferencia semejante a la que vio nacer al Mercado Común, para estudiar los puntos de vista de los diversos gobiernos. Siempre he pensado y sigo pensando que toda solución fragmentaria será una mala solución, si no se adopta dentro de un compromiso global.

No crean, Señoras y Señores, que hace treinta años todo era sencillo. ¡Oh, no! Releyendo las actas con ocasión del aniversario pasado, vi que la mayoría estaba prácticamente contra el Mercado Común. Que la mayoría francesa estaba apegada a la idea monetaria, de no realizar el overspiel de los sectores económicos, pero temía al gran mercado en el que se sentía inferior a Alemania.

En cuanto a los alemanes, Adenauer estaba a favor y Erhard en contra, porque pensaba en el mercado mundial y creía que el mercado interior europeo significaría la guerra comercial con los Estados Unidos. Fue finalmente el Benelux con el compromiso italiano el que decantó la balanza.

Hay que darse cuenta, Señoras y Señores, que actualmente, después

de haber intentado hacer, durante demasiado tiempo, —como diría un amigo mío— lo menos posible y todo lo lentamente que era posible, acabamos de agotar las delicias de CAPOU, es decir, de la cooperación intergubernamental, tan querida de los pseudograndes de Europa, y también de los aislacionistas y nacionalistas empedernidos. El día de mañana, si queremos salvar nuestras economías nacionales, si queremos luchar contra el paro, luchar contra la crisis monetaria, luchar por la independencia económica en Europa, tendremos que efectuar finalmente transferencias de soberanía y ello deberá hacerse no sólo a nivel parlamentario —todo el mundo habla del Parlamento Europeo—, sino a nivel del ejecutivo. Europa necesita ser gobernada. No se puede gobernar un mercado interior únicamente a través de 12 gobiernos nacionales. Esta es la razón de dar más poder a la Comisión —y hoy puedo decirlo libremente—, sin que se sospeche de que barro para casa.

Señor Presidente, ¿hay que recordar todavía en esta tierra catalana, aunque haga poco que es comunitaria, que no conseguiremos nunca una Europa económicamente integrada, si no estamos dispuestos a ir más allá de la economía, si lo económico no es apoyado por lo político y no responde a una voluntad popular real?

Los fracasos del pasado demuestran precisamente que si nos limitamos a lo económico, sin transferencias de soberanía, sin integraciones de orden político ni de otro tipo, tal vez podamos llegar a una unión aduanera; como mucho, podemos llegar a una unión económica relativamente débil y que puede dislocarse a la menor brisa, pero nunca se podrá llegar a ese mercado integrado, ese mercado interior perfecto que debe existir. Esta integración económica exige una integración de nuestras políticas, exige tales sacrificios que, en materia económica actual, no pueden llevarse a cabo a menos que la Comunidad en conjunto acepte ser una comunidad de destino. Y además, como dijo Monet poco antes de morir: "si pudiera empezar de nuevo, empezaría por la cultura". Es un tema vasto, pero del que tal vez debamos hablar en otra ocasión.

Ultimo punto. No olvidemos, Señoras y Señores, y nunca me cansaré de repetirlo, que no existen ejemplos en la historia del mundo de una civilización que se desarrolle y, sobre todo, que manifieste su cohesión, si no está dispuesta a hacer sacrificios y a luchar por su supervivencia.

¿Cómo se puede pensar que desde el Bósforo a Gibraltar, desde las Shetland a la isla de Rodas, vamos a hallar la voluntad espontánea de consentir, por ejemplo, supresiones de empleos en el propio país por solidaridad europea, si no estamos dispuestos a discutir juntos sobre la defensa de nuestros

valores comunes, que ni siquiera somos capaces de establecer y enumerar?

Los temas han sido tabús durante demasiado tiempo. Afortunadamente, se ponen ahora a la orden del día.

Como siempre, las decepciones procedentes del exterior, las bofetadas, los desaires, procedentes de los supergrandes habrán servido por lo menos a la integración europea en la medida que lo hayan hecho los hombres políticos. Ya se ha dicho con respecto a los años 50 que Stalin se merecía el premio Carlomagno mucho más que algunos de nosotros. Hoy deberíamos decir que Reikjiaivik, con su casi desprecio de los intereses europeos, habrá infundido quizás una nueva vida a la idea de defensa europea o, al menos, de un pilar de la defensa europea en el interior de la OTAN.

Creo que si estamos dispuestos a crear una comunidad sin fronteras ni límites, es decir, extendida también a la cultura, si estamos dispuestos a aceptar transferencias de soberanía y de poderes nacionales a Europa, si estamos dispuestos a discutir sobre una seguridad común, conseguiremos el mercado interior, ya sea en el 92, 93, 94, ¿qué más da?

Pero —me dirán Uds. en una última consideración—, ¿dónde está la alternativa? ¿dónde está el peligro, Sr. Thorn? Porque usted está diciendo que todo nos lleva irremisiblemente a los grandes conjuntos. Siento decir que no. La necesidad humana no tiene punto de no retorno. El peligro, Señoras y Señores, es de diferentes naturalezas. Es, en primer lugar, de tipo político. Dejándonos llevar por la lasitud, podríamos ser arrastrados a una finlandización de Europa occidental o, si no se quiere incomodar a nuestros amigos escandinavos, hacia una balcanización de Europa, aunque, a mis ojos, ambas cosas no son exactamente lo mismo. La tentación de ceder a los cantos de las sirenas y, en especial, a los de los neutralistas es grande, sobre todo en nuestros días. El otro peligro, lo descubro en otra dirección, es de orden económico y es el que podría oponerse a nuestros esfuerzos de crear un mercado interno europeo. Y es real, lo acabo de descubrir estos últimos años. Se trata de la mundialización de la economía. La interdependencia planetaria que ha avanzado a un ritmo demencial, que abarca ya a los cinco continentes y de la que mucha gente no es consciente, avanza en este momento más rápidamente que la integración europea y se va deslizado hábilmente en el interior de cada uno de nuestros países y bloqueando en cierta medida los propios mecanismos de integración. De todas formas, este movimiento nuevo contará como aliado en el interior, como caballo de Troya en la Comunidad, con los viejos reflejos nacionalistas que todavía hoy nos llevan a pelear con el vecino, el enemigo de ayer. Nunca olvidaré que, siendo

presidente de la Comisión, tenía ante mí a uno de los más altos capitanes de la industria europea, del que se habla mucho estos días aquí, y cuando le pedí que efectuase una fusión europea, me dijo: "Pero no, Presidente, —y aquello me dejó fuera de combate— más bien lucho contra los europeos y derribo en primer lugar a los que constituyen mi competencia; mi competencia no son los americanos ni los japoneses. Es con ellos con quienes voy a crear multinacionales mundiales". Que no se me malinterprete, Señoras y Señores, no estoy a favor de una protección comunitaria exclusiva. No, no, en absoluto. Hay que estar abiertos, pero si pensamos en ITT, AIT, SONY, ERIKSON, en los automóviles NISSAN, y podría seguir citando, entonces tenemos que ver que los "mergers" europeos son la gran excepción, por lo que, como último punto, yo llamaría su atención sobre un estudio realizado por CETS, en febrero, bajo la pluma de mi colaborador Alexis Jacquemin y de André Chatilly, que acaba de examinar la evolución del mercado de los intercambios intracomunitarios. Estos dos investigadores, profesores, llegan a la siguiente conclusión: En primer lugar, que nuestros países de la Comunidad están cada vez más comprometidos en nuevos procesos de repartición del trabajo, pero a escala mundial y que se realiza a costa de la integración europea. En esto, hay convergencia de opiniones en los 12 Estados, aunque los últimos incorporados lo hagan más tarde que los otros; de ahí que se produzca un cierto desfase. El comercio intra-comunitario ha disminuido mucho estos últimos años y las estadísticas están ahí para demostrarlo. La conclusión más importante es que la producción doméstica europea ya no se ajusta a la demanda interior europea; es decir, que la demanda interior que se habla que se debe estimular, puede aumentar sin que le siga la producción interna europea; puede incluso entrar en declive, de donde se deduce una dependencia en aumento con respecto a terceros, a países no europeos. Los autores concluyen que no hay que precipitarse hasta tal punto de concluir que la preferencia comunitaria es un monstruo proteccionista, pero advierten también que no hay que caer en el "laissez-faire", ya que tenemos demasiada tendencia a hacerlo.

Concluiría esta conferencia demasiado larga, Señor Presidente, diciendo que, en el fondo se trata del mercado interior, como se trata de Europa en su conjunto y de nuestros ciudadanos; no acusemos excesivamente a los otros, los americanos y los japoneses, a pesar de todas sus responsabilidades. La responsabilidad esencial es nuestra. Nuestro destino está todavía si no en nuestras manos, por lo menos, al alcance de ellas. Seguimos teniendo

los medios financieros, las posibilidades intelectuales. La gran desconocida, la única que puede ensombrecer con una duda el resultado del combate es la fuerza de nuestra voluntad. En cualquier caso, hoy en día ya nadie tiene la excusa, la coartada de ignorar la gravedad de la situación. En cuanto al futuro, Europa no volverá a conocer un futuro como su pasado: Ciertamente Europa no volverá a dominar el mundo. Y yo añadiría: afortunadamente. Nunca más será sospechosa de hegemonía o colonialismo. Lejos del Pacífico, frente a una Africa que será el problema más dramático del siglo XXI —y estamos condenados a vivir este mano a mano—, Europa debe intentar sustraerse a los reflejos de fin de civilización y dirigir la mirada hacia su futuro.

Señor Presidente, la aventura comunitaria es para mi la más apasionante de nuestro siglo, incluso me atrevería a decir que es la única por la que vale la pena haber vivido en esta segunda mitad del siglo XX. En cualquier caso, es la única oportunidad que tienen nuestros jóvenes de realizarse y no entrar de espaldas en el siglo XXI.

Gracias por su paciencia

B) Contestación del Académico de Número Excmo. Sr. D. Lorenzo Gascón Fernández

Excmo. Sr. Presidente, Honorable Sr. Conseller, Representant del Molt Hon. Sr. President de la Generalitat, Excmo. Sr. Capitán General, Excmos. e Ilustres Señores, Señoras y Señores:

En primer lugar, es mi deseo hacer patente mi íntima y gran satisfacción por haber recaído en mi persona el honor y el privilegio de contestar, aunque sea de manera breve y somera, el brillante discurso de ingreso del Presidente Sr. Gaston Thorn.

La recepción de un nuevo académico es siempre motivo de júbilo y de reafirmación de la solidez y buen hacer de una institución como es la nuestra.

Júbilo, porque ello significa incorporar a una personalidad de gran prestigio en la "Real Academia de Ciencias Económicas y Financieras". De solidez y continuidad, porque con la llegada de nueva savia, se asegura la renovación cíclica de sus componentes. Y, en este caso, se abre una ventana de la "Real Academia" en este pequeño y gran país que es Luxemburgo, en el verdadero corazón de lo que había sido aquel estado efímero que fue la Lotaringia, situado en lo que de siempre ha sido la encrucijada de las ideas,

de los intercambios y del alma política de esta vieja y renovada Europa.

El "curriculum vitae" del Presidente Thorn es realmente impresionante. Es Doctor en Leyes después de haber seguido estudios jurídicos en las universidades de Montpellier, de Lausanne y de París, fue arrestado por las fuerzas de ocupación en 1943 por actividades políticas y encerrado en el campo de concentración de Stahleck.

Su inquietud por la comunidad y por la vida política se despierta muy pronto. Así, de estudiante, ya alcanzó la presidencia de la "Unión Nacional de Estudiantes" de Luxemburgo, y más tarde fue nombrado Presidente de la "Conferencia Mundial de Estudiantes".

Concejal del Ayuntamiento de Luxemburgo, de 1957 a 1969. Alcalde de 1961 a 1963.

Fue elegido, por primera vez, diputado al Parlamento por el Partido Democrático (liberal) en 1959, siendo reelegido en todas las elecciones posteriores.

Diputado del Parlamento Europeo. Vice-presidente del Grupo Liberal. Presidente del "Comité para los Países en Desarrollo". Secretario General del Partido Democrático de Luxemburgo. De 1961 a 1980, Presidente del Partido Democrático de Luxemburgo. De 1970 a 1982, Presidente de la "Internacional Liberal". De 1976 a 1980, Presidente de la "Federación de Liberales y Demócratas Europeos". De 1975 a 1976, Presidente de la "XXX Sesión de la Asamblea General de las Naciones Unidas". de 1968 a 1974, Ministro de Asuntos Exteriores en el gobierno de coalición cristiano-social demócrata. Al mismo tiempo, Ministro de la Función Pública y Ministro de Deportes. De 1974 a 1979, Primer Ministro, Ministro de Estado y Ministro de Asuntos Exteriores en el gobierno de coalición liberal-socialista. En 1977 también Ministro de Economía. De 1979 a 1980, Primer Ministro Adjunto, Ministro de Asuntos Exteriores, Ministro de Comercio y Cooperación, Ministro de Economía y Ministro de Justicia en la coalición cristiano-social democrática. De 1981 a 1985, Presidente de la Comisión de las Comunidades Europeas.

Ha sido nombrado Doctor "Honoris Causa" por las universidades de Aix en Francia, Lovaina en Bélgica, Miami y Texas Wesleyan College (USA), Londres, Torino y Urbino en Italia, y Dublín en Irlanda.

Le fue concedido el premio "Robert Schumann" en 1977. En 1985 fue designado Presidente del Banco Internacional en Luxemburgo. En 1985 Vicepresidente del C.L.T. y también en el mismo año, Presidente Internacional del "Movimiento Europeo".

Es presidente y consejero de numerosas grandes corporaciones y sociedades.

El discurso de ingreso del Presidente Thorn está adornado por características poco comunes. Por una parte, se trata de una verdadera lección magistral sobre un tema tan de actualidad para los españoles como de permanente vigencia en Europa. Por otro lado, su docta disertación está constantemente impregnada por la visión y la experiencia del político y por la altura de miras del brillante estadista.

El gran reto de la comunidad es hoy como alcanzar el verdadero mercado interior. El Dr. Thorn, verdadero paradigma del europeísmo, convencido de que Europa será, si se une de veras, o la alternativa consistirá en una lenta, elegante e imparable decadencia, en su relato se muestra a la vez escéptico por el mediocre funcionamiento de las instituciones, dubitativo en cuanto a la capacidad de buena parte de la élite europea en percibir la urgencia del proyecto que está hoy en marcha, ilusionado con la grandiosidad del objetivo y tenaz, determinado, convincente y pugnaz en la vigencia del llamamiento a asumir —con todos los matices que hagan falta— la unidad política.

Aquí está el primer gran éxito de la comunidad: la paz entre sus miembros. Hoy no es imaginable una conflagración del orden de las dos que han convulsionado la primera parte de este siglo en Europa occidental. Indudablemente, sólo esta circunstancia ya justificaría la bondad de aquel gran designio imaginado por los Jean Monet, Adenauer, De Gasperi, Schumann, etc.

El espíritu del Acta Única de Luxemburgo muestra el buen camino. Ha habido la aceptación de que era necesaria una cesión importante de la soberanía nacional, al estar dispuestos a votar en el futuro buena parte de los temas que se plantean sobre la base de una mayoría cualificada y no por unanimidad. El lado negativo es que los meses van pasando y hay que esperar el resultado del referéndum que Irlanda deberá pasar para constatar si aquel estado está de acuerdo con el contenido del Acta Única. Con este tipo de dilaciones, lo previsto para el año 1992 se aleja.

Es notoria la debilidad de los poderes conferidos a la comisión y el esfuerzo titánico que ésta ha de desarrollar tratando de armonizar doce legislaciones a veces divergentes y, además, impregnadas de un latente espíritu proteccionista, y porque no decirlo, nacionalista.

Europa es cada vez menos competitiva. Y esto lo sabemos todos muy bien. Las secuelas del "welfare state", un cierto espíritu hedonista y la poca inclinación a aceptar sacrificios, hacen que cada vez sea más liviano el peso de aquellas grandes columnas de la economía europea que la llevaron a la primacía: el carbón, el acero, la construcción naval, y el textil para mencionar solo a algunos.

Numerosos peligros se ciernen sobre nuestro continente. Después de años y años que nuestros aliados de ultramar han estado predicando el libre comercio y la necesidad de respetar hasta sus últimas consecuencias el contenido de las normativas del Gatt, ahora surge una fuerte ola proteccionista cuya traducción es el "no more free trade but fair trade".

El enorme déficit de la balanza comercial americana y los bandazos de su política económica y monetaria, no son el mejor caldo de cultivo para sentirse optimistas en cuanto al porvenir inmediato.

Hace falta recorrer un largo camino para llegar a materializar las ideas y los sueños de estos grandes europeístas, entre los que se encuentra el recipiendario. Nos han recordado cuan incongruente es que después de 30 años de singladura, existan todavía 12 compañías nacionales aéreas, como aún es impensable que la "Compañía Nacional Telefónica Francesa" se plantee la compra de aparatos e instalaciones holandeses, o que a los ferrocarriles alemanes se les ocurra comprar sus unidades a Francia.

Es difícil ser competitivos y hablar de una unidad de mercado cuando la legislación social de los 12 países a veces es notoriamente divergente. ¿Como se puede hablar de Mercado Común cuando los tipos del IVA, según los países en que se aplica, oscilan entre el 2% y el 38%? Mientras tanto, flota en el aire el riesgo de lo que el Presidente Thorn calificaba de "pax nipónica", es decir el posible gran acuerdo entre los Estados Unidos y el Japón, sin la participación de Europa y a costa de Europa.

El lunes de Pascua, el Muy Honorable Presidente de la Generalidad de Cataluña, Sr. Jordi Pujol, nos hablaba en Calella de Palafrugell, en ocasión de las IV Jornadas Europeas de Pascua organizadas por el "Patronat Català Pro Europa", del escalofrío que los máximos dirigentes políticos de los países de Europa Occidental habían sentido al día siguiente de la cumbre de Reykjavik. Pueden producirse, en cualquier momento, acuerdos a escala planetaria, entre americanos y rusos, y americanos y japoneses, sin contar con los países de la Comunidad. Está claro, nos ha advertido el recipiendario, que los japoneses pueden llegar a hacer sacrificios con respecto a América, pero que en ningún caso lo harán con Europa, ya que nos consideran demasiado débiles para poderles imponer condiciones.

El Presidente Thorn, político y estadista, nos ha recordado que unos hablan de unión económica y otros de unión económica y monetaria pero que él, en cierto modo, prefiere hablar simplemente de unión europea. El Presidente Thorn participa activamente en este restringido grupo de hombres

que incluye a Valery Giscard d'Estaing y a Helmut Schmidt, y que trabajan en el diseño de una verdadera unión.

Se ha referido con énfasis al problema de lo difícil que es proseguir el esfuerzo comunitario si no se deposita toda la confianza en el ecu.

Soy testigo de excepción en los encuentros que Hermann Abs organiza cada mes de noviembre, en el castillo de Kronberg, y a los que asistimos los Presidentes de los Comités Nacionales de la "Liga Europea de Cooperación Económica". Las reticencias del Dr. Otto Karl Pohl, Presidente del Bundesbank, en relación con el ecu, puedo decir que las percibo anualmente con toda franqueza y transparencia. Es cierto, en efecto, Presidente Thorn que los alemanes prefieren los florines, las libras, los schillings, los marcos y los dólares al ecu.

Estamos en vigilias de una gran reforma de la Comunidad, si es que realmente hemos de alcanzar esta meta del mercado interior. No es posible proseguir con una política agraria comunitaria que consume el 70% de los fondos presupuestarios y que está basada en excedentes, en garantías excesivas para capacidades de producción ilimitadas. Y aquí surge uno de los grandes interrogantes que tiene España con la Comunidad. En cierto modo, el tratado de adhesión, negociado contra reloj y no siempre con la profundidad, seriedad y conocimiento de causa que correspondía a los representantes españoles, suponía la entrega de unas ventajas de tipo industrial a la Europa de los 10, a cambio de una expectativa importante, a medio plazo, para la reestructuración del campo español. Habrá que estar muy al tanto de lo que ocurre en la negociación dura y prolongada que se avecina basada en los tres frentes abiertos y que son: el presupuesto, los fondos estructurales y la PAC. Si se quieren salvaguardar los intereses españoles y respetar la línea establecida por el Acta Unica en materia de cohesión económica en los países miembros, será necesario que la reforma sea considerada globalmente. De otro modo, las repercusiones negativas para nuestro país podrían ser de gran magnitud.

El Presidente Delors, en lo que se refiere a la dotación del presupuesto, se encuentra en una verdadera encrucijada. Nos ha descrito magistralmente el Presidente Thorn, como después de lo que los franceses calificaban de "deplafonnement de la TVA" haciéndola pasar del 1% al 1,40%, ya en el próximo mes de agosto se anuncia la suspensión de pagos de la CEE. El Presidente Delors ha hecho una propuesta que consiste en sustituir el sistema actual de dotación a través de derechos de aduana, exacciones reguladoras agrícolas y hasta el 1,40 de la base armonizada del IVA, por una dotación

formada por derechos de aduana, derechos de aduana de la CECA, exacciones reguladoras agrícolas, el 1% de la base efectivamente sujeta al IVA y un x% del Producto Nacional Bruto, base IVA, con lo cual se llegaría a una exacción equivalente hasta al 1,4 del PNB.

Pero para llegar a ello, se necesitará tiempo y negociaciones arduas, difíciles y complicadas. Y lo que podríamos calificar de suspensión de pagos está en la esquina. Es por ello que el Presidente Delors se ha dirigido a los estados miembros para solicitar un "adelanto" que le permita hacer frente a un compromiso del pasado, es decir, ni más ni menos que el déficit encubierto que sufre la Comunidad y que asciende a más de 5.000 millones de ecus. También para ello necesita de la conformidad de los estados miembros, tema difícil de armonizar y conseguir.

El Dr. Thorn, cuando era Presidente de la Comisión, hace ya 5 años, había pedido una nueva Mesina, es decir, una negociación de la magnitud de la que precedió a la redacción y firma del tratado de Roma. Las reformas estructurales al tratado requieren un nivel y una profundidad que justifican esta nueva Mesina en palabras del Dr. Thorn.

Está claro que es preciso reforzar el poder de este gobierno embrionario de Europa, que es la Comisión. Ello implica la transferencia de soberanía de los estados miembros a Bruselas. Transferencia de soberanía que ha de conllevar otros sacrificios, como es la aceptación de una nueva lingua franca del siglo XX. A nuestro Presidente Pujol le gusta a menudo encarecernos a los catalanes para que nuestros hijos hablen tres idiomas: el catalán, el castellano y el inglés. Pues bien, el Presidente Thorn, hombre de extracción francófona, nos muestra su espíritu de sacrificio sugiriendo que precisamente sea el inglés esta lingua franca. Lo que no puede continuar es que cuando en las Naciones Unidas, después de la firma del Acta de San Francisco, se adoptó el acuerdo de que sólo hubieran 5 lenguas oficiales: español, inglés, francés, chino y ruso, principio que sigue siendo válido para unas Naciones Unidas de 160 miembros, en la Europa Comunitaria de los 12 haya 9 idiomas oficiales que impliquen la traducción y transcripción a este tapiz lingüístico, rico, importante pero poco eficaz, económicamente hablando.

A modo de síntesis, el Presidente Thorn hace un llamamiento para que estemos todos dispuestos a afrontar tres retos: primero, el de una Comunidad sin fronteras y que incluya la cultura. Segundo, aceptar las transferencias de soberanía y de los poderes nacionales al centro de decisión europeo. Y tercero, la discusión sobre una seguridad común.

Si se está de acuerdo con ello, tanto da que el mercado interior sea una realidad en 1992 o en 1994.

El peligro, nos recuerda el Presidente Thorn, es fundamentalmente político. El no entender lo que él nos ha expuesto tan brillantemente, nos llevaría a la finlandización de Europa Occidental y a la materialización de los cantos de sirena procedentes de los pacifistas, los neutralistas y los verdes, es decir, a la dimisión del papel que corresponde a Europa.

Hemos de ser conscientes de que Europa ya no dominará al mundo, como ha hecho durante siglos, lo cual es bueno porque le permitirá superar la sospecha de intenciones hegemónicas.

Finalmente me gustaría referirme a un documento reciente, de título largo y sugerente: "Eficacia, estabilidad, equilibrio: una estrategia para la evolución del sistema económico de la Comunidad Europea". Se trata de un trabajo que el Presidente Delors, la Comisión, decidió pedir a un grupo de expertos independientes, para que estudiara las consecuencias económicas de las dos decisiones tomadas en 1985, de ampliar la Comunidad a España y Portugal y realizar un mercado sin fronteras interiores antes de 1992. Este grupo de trabajo ha sido constituido por el Sr. Padua-Schioppa, Sub-director General del Banco de Italia, y por los Profesores King, de la Universidad de Londres, Paelinck, del Instituto Económico Holandés de la Universidad de Erasmus, Papademos, del Banco de Grecia y Charpf, Director del Instituto Max Plank.

Es un documento reciente, entregado a la Comisión hace muy pocos días, tiene una extensión de 200 páginas y contiene ideas nuevas, entre ellas me gustaría enumerar cuatro:

- La realización del programa de culminación del mercado interior en el plazo fijado exige recurrir más sistemáticamente al principio del reconocimiento mutuo de las reglamentaciones nacionales, una elección más selectiva de los temas prioritarios, una legislación comunitaria menos compleja y soluciones eficaces al problema de la observancia de la ley comunitaria.
- La coordinación de las políticas monetarias y los mecanismos del SME deben ser claramente reforzados si queremos que sobrevivan y coexistan la libertad de movimientos de capitales y la disciplina de las tasas de cambio.
- En una Comunidad más amplia y diversa, la redistribución del presupuesto y de los instrumentos de préstamo de la Comunidad deberían desarrollarse considerablemente en volumen y ser más eficaces tanto en su finalidad como en su concepción.

- Un aumento de la tasa de crecimiento observada en los últimos años es necesaria para asegurar el éxito de la ampliación y de la culminación del mercado interior.

Para terminar, recordar el aserto del que nuestro ilustre académico correspondiente para Luxemburgo nos ha hecho partícipes. Nos ha manifestado que "la aventura comunitaria es la aventura más apasionante de nuestro siglo, es la única que vale la pena de ser vivida en esta segunda parte del siglo XX".

La incorporación del Presidente Thorn a la Real Academia llega en un momento trascendental para España. De revisión de muchos aspectos de nuestra vida económica, social, política e intelectual. Es ésta una España en ebullición. La voz, las ideas de intelectuales, de estadistas del peso del Presidente Thorn, han de ser cuidadosamente escuchadas y meditadas.

Creo interpretar a los Excmos. Sres. Académicos asistentes a este acto, diciendo que la Real Academia de Ciencias Económicas y Financieras se ha enriquecido notoriamente con el ingreso en su seno del Excmo. Sr. D. Gaston Thorn.

Muchas gracias.